

# JORGE FERNÁNDEZ DÍAZ



Cada día tiene su afán

Una mirada a cuarenta años de vocación política

**PENÍNSULA** HUELLAS

## ÍNDICE

PORTADA	
SINOPSIS	
PORTADILLA	
DEDICATORIA	
1. LA PRECOZ VOCACIÓN POLÍTICA DE UN JOVEN INGENIERO	
2. DEL «CAMBIO» SOCIALISTA A LOS «NUEVOS TIEMPOS» POPULARES	
3. SALTO A LA POLÍTICA NACIONAL	
4. LA ESPAÑA DE AZNAR	
5. LA ESPAÑA DE ZAPATERO	
6. LA ESPAÑA DE RAJOY	
7. UN INÉDITO ESCENARIO POLÍTICO	
EPÍLOGO	
LÁMINAS	
CRÉDITOS	

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

## SINOPSIS

Jorge Fernández Díaz es un político de vocación y de raza. Barcelonés desde los tres años, aunque de raíces vallisoletanas y navarras, profundamente catalán y, por ende, español, empezó su carrera política como gobernador civil —el más joven de España— primero en Asturias y luego en Barcelona, donde vivió una angustiada noche de tensión en el Liceo por una amenaza de bomba en la víspera de la inauguración del Mundial de fútbol de 1982.

En los años siguientes, sobrevivió a la larga agonía y disolución final de sus dos primeros partidos, UCD y CDS, así como a los vaivenes de su militancia primero en Alianza Popular y luego en el Partido Popular. Bregado en todos los altos niveles de la Administración Pública, conoció la política municipal y autonómica, y aterrizó finalmente en la nacional, donde ejerció como secretario de Estado en varios ministerios y finalmente como ministro del Interior.

Político de firmes convicciones políticas y también religiosas —relata en este libro el inicio de su proceso de conversión, en Las Vegas—, Jorge Fernández Díaz es un testigo de excepción de los últimos cuarenta años, cuyo testimonio es imprescindible para comprender y explicar el devenir de la política española y también la deriva catalana.

Este es el vívido y fiel testimonio de los momentos estelares de sus cuatro décadas en la escena política española y catalana, que ha experimentado de primera mano y en primera fila.

# Cada día tiene su afán

**Jorge Fernández Díaz**

Una mirada a cuarenta años de vocación  
política

*ediciones península*

*A mi mujer, Asun, y a mis hijos, Carlos y María,  
que con excesiva frecuencia han experimentado las injustas  
consecuencias de una intensa vida dedicada a la política.  
Sirva este relato de la misma como humilde reparación  
de ello con todo mi amor y gratitud.*

## 1

LA PRECOZ VOCACIÓN POLÍTICA DE UN JOVEN  
INGENIERO

## MI PRECOZ VOCACIÓN POLÍTICA

Debo reconocer que a mí la política me ha atraído mucho desde siempre. De niño era tal la fascinación que me producía que me sabía de memoria todos los nombres de los ministros e incluso el de los gobernadores civiles o directores generales. Obviamente, me faltaban entonces muchas claves interpretativas, pero lo vivía con gran intensidad, casi diría que con pasión. Mi padre traía a casa toda la prensa matutina y vespertina, incluida la deportiva. A mis hermanos no les interesaba lo más mínimo la política, así que mientras ellos se peleaban por el *Mundo Deportivo* y el *Dicen*, yo acaparaba los diarios políticos. La verdad es que me atraía tanto la política —como el fútbol a la inmensa mayoría de los niños de mi edad— que en casa se hacían bromas a mi costa diciendo: «Jorge será ministro». Curiosamente, viendo luego mi trayectoria, a los diez o doce años más que ser ministro lo que me seducía era ser gobernador civil, un puesto que me parecía muy político y en el que realmente se podían «hacer cosas».

Hoy tengo plena conciencia de que mi voluntad política era fruto ya entonces de lo que, en términos teológicos, se llama «vocación» (del latín *vocatio*, «llamada»), que no se explica si no es en referencia a Dios, que es quien te llama y, por tanto, quien te crea la vocación. Para los no creyentes, tal vez baste con hablar de «afición», «tendencia» o «inclinación», pero, en mi caso, ahora entiendo que la palabra



*vocación* se ajusta con exactitud a lo que siempre he sentido. En todo caso, a una edad temprana, me llevó a la política aquella fuerte vocación, entendida ahora en el sentido de «servicio al bien común». En la doctrina social de la Iglesia, la política es una de las formas más elevadas del amor y de la caridad porque lleva al bien común, pese a que la corrupción y otros hechos no muy ejemplares han hecho que últimamente se implante en el imaginario colectivo una visión profundamente negativa e inexacta, incluso injusta, de la política. No participé en el franquismo, entre otras razones, por las evidentes de mi edad. En aquella época no tuve actividad política, ni tampoco antecedentes familiares ni nada parecido que explique mi temprana vocación. Accedí a la actividad política antes de cumplir los treinta años porque en mí se unían la vocación, unos conocimientos técnicos y, quizás, una experiencia profesional destacada para mi juventud. Desde entonces, no la he dejado nunca.

Tuve, pues, una fuerte vocación, una capacitación profesional y una buena dosis de suerte. Mucha suerte. Lo que pasa es que hoy no creo en la suerte; solo en la Providencia. Creo que *casualidad*, *azar* o *fortuna* son términos útiles en el lenguaje común, pero sigo los Evangelios cuando, hablando a sus discípulos, dijo Jesucristo: «Ni uno solo de los cabellos de vuestra cabeza se cae sin que mi Padre lo permita, porque están todos contados». Es decir, ni los detalles más insignificantes se escapan a los designios de la Providencia. Ella me insufló la vocación política, y ella también me ayudó a hacerla realidad.

#### UN CIUDADANO CATALÁN DE VALLADOLID

Nací el 6 de abril de 1950, Jueves Santo, en Valladolid, donde mi padre pasó unos años formándose en la Academia de Caballería. Él había nacido en la histórica villa de Fitero, en la Ribera de Navarra, limítrofe con La Rioja, a unos

20 kilómetros de Tudela. En principio, estaba llamado al sacerdocio. Su hermano mayor era sacerdote y, a tal fin, él estudió desde los diez a los dieciséis años en el seminario de Tarazona. Pero, al estallar la Guerra Civil, recién cumplidos los diecisiete años, se presentó en la plaza del Castillo de Pamplona y se alistó en el Requeté. En cuanto tuvo la edad adecuada se incorporó a filas y, como todos los reclutas del bando nacional con estudios, lo hizo como alférez provisional, un rango muy peligroso porque, como se decía entonces, «la primera paga de los alféreces provisionales es para el uniforme; la segunda, para la mortaja». Cuando acabó la guerra, a sus diecinueve años, mi padre decidió seguir la carrera militar. Con ese objetivo ingresó en la Academia de Caballería de Valladolid, de la que saldría ya con el empleo de teniente. En su etapa en Valladolid conoció a la que luego sería su esposa y mi madre. Allí se casaron en 1945, y también allí nacimos los tres primeros hijos de los once que finalmente tendrían. Por desgracia, el mayor falleció de meningitis en 1946, con pocos meses de edad. El tercero fui yo.

Se dio la providencial coincidencia de que el mismo día en que nací, el 6 de abril de 1950, mi padre fue ascendido a capitán de caballería. A partir de ahí tuvo varios destinos y nuestra familia se fue desplazando con él. El primero fue la ciudad hoy marroquí de Larache, por entonces quizás la joya del protectorado español en África, situada a unos 40 kilómetros al sur de Tánger, en la fachada atlántica. Su siguiente destino fue la Academia General Militar de Zaragoza, en calidad de profesor o, en la jerga de los cadetes, de «proto». Allí vivió la familia hasta 1953, y allí cumplí yo los tres años.

Por cierto, aquel año de 1953 fue crucial para la historia de España y, en particular, para el franquismo, pues se produjeron dos acontecimientos sin los que no se puede interpretar, en mi opinión, el hecho histórico de que Franco muriese en su cama en 1975 como jefe de Estado. En 1953

se firmaron el nuevo Concordato con la Santa Sede y el acuerdo con Estados Unidos sobre bases en España. Con el anclaje en lo económico, lo militar y lo político con Estados Unidos, y en lo espiritual con la Santa Sede, el régimen de Franco quedó finalmente asentado, lo que sería ratificado en 1955 con el ingreso de España en la Organización de las Naciones Unidas (ONU). La Guerra Civil, la Segunda Guerra Mundial, el intento de invasión del maquis y el aislamiento internacional del régimen franquista mantuvieron la inestabilidad y, en consecuencia, el desmesurado contingente militar español hasta que, en 1953, se firmaron esos grandes acuerdos y se pudo acometer la desmilitarización del régimen, que ya no tenía necesidad de mantener un ejército de tales dimensiones. A tal fin se aprobó una ley para promover la desmovilización, en especial de la oficialidad, a la que se acogió mi padre, que era por entonces comandante.

Casi simultáneamente se convocaron unas oposiciones en el Ayuntamiento de Barcelona para cubrir la jefatura y la subjefatura de la Guardia Urbana, dirigidas sobre todo a jefes y oficiales del Ejército. Mi padre las preparó, las ganó y, en 1954, fue nombrado subinspector de la Guardia Urbana y, como tal, jefe de Tráfico de Barcelona, donde pasamos a residir toda la familia. Años después, al convertirme en gobernador civil de la capital catalana, mi padre todavía estaba en activo, por lo que para la Guardia Urbana de Barcelona yo era «el hijo del jefe». Según he descubierto hace relativamente poco revisando documentos, cuando mi padre ganó esas oposiciones se produjo otra curiosa casualidad. De la misma manera que habían coincidido mi nacimiento y su ascenso a capitán, justo el día en que tomó posesión de su plaza, el 6 de abril de 1954, yo cumplí los cuatro años. Parece que mi vida estaba ligada de un modo providencial a la carrera de mi padre y, por otra parte, yo lo estaría también siempre a Cataluña, como un ciudadano catalán más.

Desde entonces, mi familia siempre ha vivido fundamentalmente en Barcelona. Al principio, en el barrio de Pedralbes, junto al cuartel del Bruch. Como digo, mi padre era jefe de Tráfico de la Guardia Urbana de Barcelona, una institución muy querida por los barceloneses y con una solera muy arraigada, justo cuando comenzaba el desarrollismo de los años sesenta. A él le tocó diseñar el modelo de circulación en la Ciudad Condal, incluida la primera instalación masiva de semáforos. Como Barcelona era una ciudad pionera en esos servicios, los alcaldes de otras ciudades españolas empezaron a pedir al de Barcelona, José María de Porcioles, que la Guardia Urbana formara a sus policías municipales en la regulación del tráfico en sus respectivas ciudades, asunto que empezaba a ser complejo y preocupante. Esto hizo que mi padre fuera enviado a diversas localidades en comisión de servicio, empezando por la zaragozana de Calatayud, donde pasamos un año. Después, los servicios de mi padre fueron requeridos por el entonces alcalde de Pamplona, Miguel Javier Urmeneta, y allí trabajó temporalmente como jefe de la Policía Municipal de la capital navarra. Mi padre hizo algunas comisiones de servicio más, por ejemplo, en Vigo y en varias zonas de Cataluña (Martorell, Palamós, etc.), antes de jubilarse al cumplir la edad preceptiva.

En una de esas estancias fuera de Barcelona, al acabar el curso preuniversitario, con diecisiete años, decidí irme a estudiar con algunos compañeros a la Escuela de Ingenieros de Santander. En lo personal, fue un curso maravilloso, y, en lo histórico, un año inolvidable para la humanidad porque en aquel 1968 coincidieron sucesos tan destacados como la Primavera de Praga y el Mayo francés, los asesinatos de Bob Kennedy y Martin Luther King, los acontecimientos de la plaza de las Tres Culturas y la ofensiva del Tet vietnamita, los históricos Juegos Olímpicos de México y los primeros trasplantes cardíacos del médico sudafricano Christiaan Barnard. Como es lógico, yo entonces no tenía ni

perspectiva temporal ni edad suficientes para calibrar todo lo que estaba ocurriendo, pero sí recuerdo seguir atentamente los episodios por televisión. Aquel fue un año bisagra, un cambio de rasante en la historia del siglo XX, y yo lo viví en el Colegio Mayor Torres Quevedo, en lo que hoy es el Campus de Las Llamas de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo.

Fue una experiencia inolvidable, pero, no obstante, decidí volver a Barcelona. Acabé las clases en junio y ni siquiera esperé a presentarme a los exámenes de septiembre. No me veía con ánimos para pasarme toda la carrera alejado de mi familia. Aunque me gustaba mucho, quería estar en Barcelona, donde tuve que matricularme en Ingeniería Industrial, la única que entonces se impartía en la Ciudad Condal. Al llegar a tercero, elegí la especialidad de Organización Industrial, entonces muy novedosa, y acabé la carrera en 1973, a los veintitrés años. Enseguida ejercí de ingeniero industrial en Gispert, una empresa dedicada a la automatización de la gestión empresarial, donde trabajé casi un año en la llamada mejora de métodos y sistemas.

En la Navidad de 1974 coincidí en Barcelona con un compañero de carrera que me comentó que trabajaba muy a gusto en el centro territorial de Cataluña del Instituto Nacional de Seguridad e Higiene en el Trabajo, creado en 1971 por el entonces ministro de Trabajo, Licinio de la Fuente, implementando el recién aprobado Plan Nacional de Higiene y Seguridad del Trabajo. Me interesé por aquella posibilidad laboral y, como el instituto ofrecía en aquel momento plazas de ingenieros, opté a una de ellas. Superé las pruebas y, el 1 de marzo de 1975, comencé a trabajar allí como ingeniero industrial en la prevención de riesgos laborales y accidentes de trabajo y, en general, en la supervisión del cumplimiento de la ordenanza de higiene y seguridad en el trabajo.

Sin embargo, al ver que la mayoría de mis tareas diarias eran solicitadas por la Inspección de Trabajo o por la jurisdicción laboral, quise ser inspector de trabajo. Aprobé esta nueva oposición e ingresé en el Cuerpo Superior de Inspectores de Trabajo y Seguridad Social. Pedí destino en la Inspección Provincial de Barcelona y empecé mi labor como inspector de trabajo «de cartera» en mayo de 1978, año en el que, como es sabido, se aprobó la Constitución.

#### DELEGADO PROVINCIAL DE TRABAJO DE BARCELONA

En la Barcelona de enero de 1979, la conflictividad laboral era tremenda. La inflación española era del 26,7 %, y se seguían sintiendo los efectos de la crisis del petróleo de 1973, aunque a España le había afectado menos al no incluirla la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) entre los amigos de Israel, dada nuestra tradicional amistad con el pueblo árabe.

En esa tesitura, Adolfo Suárez nombró a Enrique Fuentes Quintana vicepresidente segundo para Asuntos Económicos con el encargo de establecer vías de diálogo con los interlocutores sociales. Mientras el primero hablaba con Carrillo y Felipe González, Fuentes Quintana hacía lo propio con Marcelino Camacho y Nicolás Redondo, líderes de Comisiones Obreras y de la Unión General de Trabajadores, respectivamente. Finalmente, en octubre de 1977, todos ellos firmaron los Pactos de la Moncloa, dos acuerdos de los cuales uno era político-administrativo, referido a temas como la amnistía, la eliminación de la censura previa o los derechos de reunión y manifestación, mientras que el otro, no menos importante en materia socioeconómica, supuso, entre otras muchas cosas, la inmediata creación del Instituto de Mediación, Arbitraje y Conciliación (IMAC) y del Instituto Nacional de Empleo (INEM). Antes, en marzo de 1976, el Real Decreto-ley de relaciones laborales había venido a

reordenarlo todo al regular el derecho de huelga, que después sería asumido por la Constitución y el Estatuto de los Trabajadores.

En la dicotomía reforma-ruptura entonces a debate, el frente socioeconómico era decisivo: aunque los partidos políticos tenían una capacidad de movilización muy relativa, los sindicatos sí podían activar por sí solos la estrategia de ruptura. Como, además, se había suprimido la organización sindical vertical, las delegaciones de Trabajo, en la práctica, lo tuvieron que gestionar todo. La de Barcelona, por volumen de expedientes, era además un auténtico ministerio. Para poder hacer frente a la carga de trabajo, en diciembre de 1978 se creó una subdelegación del Ministerio de Trabajo, de la que poco después fui nombrado titular. Se dio la curiosa circunstancia de que la Constitución fue sancionada por el rey el 27 de diciembre de 1978 —no se quiso que fuera el 28, Día de los Inocentes, para que no pasara a la historia como «la inocentada», como le pasó a la Constitución de 1812, que al ser aprobada el día de san José ha pasado a la historia como «la Pepa»—, y yo fui designado subdelegado de Trabajo de Barcelona seis días más tarde, el 2 de enero de 1979. Entre mis cometidos estaba prestar especial atención a las negociaciones colectivas laborales, con lo cual me tocó lidiar con buena parte de la conflictividad social.

El 14 de agosto de 1979, cuando llevaba solo ocho meses de subdelegado, mi superior, el delegado de Trabajo, fue nombrado secretario general del recién creado INEM, por lo que, siendo ministro de Trabajo Rafael Calvo Ortega, se me designó a mí delegado de Trabajo en Barcelona. Fue el primer nombramiento que recibí directamente del Consejo de Ministros. Tenía veintinueve años.

Aquella fue una etapa intensísima, plena de laudos de obligado cumplimiento, de mediaciones en conflictos colectivos y de expedientes de regulación de empleo. Fui nombrado en mi calidad de inspector de trabajo, pero era